

Dewey supedita esta evolución de los intereses a los períodos en que él divide la infancia. En el primero no hay anticipación ni conciencia preliminar de los fines. El punto de partida lo constituyen los poderes instintivos y espontáneos del niño, y mediante la operación de estos poderes se alcanzan ciertos resultados. Se consiguen los fines, pero no se les ama.

En la segunda etapa, los fines se suscitan conscientes en el niño y, a su vez, evocan los poderes o sugieren hacer ciertas cosas. Este período difiere del anterior en que hay anticipación o alguna conciencia de los resultados que pueden conseguirse en la acción. Pero difiere del siguiente en que no hay examen reflexivo de estos fines, ni análisis especial de los medios.

La tercera etapa es la del control consciente propiamente dicho, y en ella el agente individual juzga con claridad suficiente para el mismo, y con la previa deliberación y comparación con otros fines posibles, qué es lo que verdaderamente necesita, y después tiene a su disposición una serie definida y ordenada de medios especialmente discernidos, con los cuales elabora la aspiración propuesta.

Y al llegar este momento es donde el educador tiene que intervenir para la equilibración de esos dos elementos que constituyen, según escuelas modernas, la llamada espiritualidad, consciente e inconsciente. En la infancia